

ojos, recíbela en tu seno, y que ella ruegue a su vez por su hijo, por su pobre hijo, a quien ella nombró al morir...!

1838

Enero.—¡Ayl! ¡Siempre la misma vida! Sustituye el tedio a la enfermedad y la enfermedad al tedio.

12 de Marzo.—Velada en casa de la señora de la Grange (marquesa de Eduardo de la Grange), celebrada para hacerme la presentación de Lamartine.

Asistieron unas veinte personas. Las lámparas estaban cubiertas para evitar que su luz dañase la vista a Eduardo.

Lamartine se dirigió a mí, y estuvimos hablando durante dos horas *en un rinconcito obscuro*, como dijo *el Misántropo*.

Es increíble cómo un salón obliga a decir vaciedades a las personas de talento, a consecuencia de las distracciones que ocasiona. Lamartine se asombró mucho cuando le dije que no estaba conforme con ninguna de sus ideas. Primeramente hablamos de las leyes de Septiembre y de la censura. Le reproché, en términos circunspectos, que hubiese abandonado el Teatro, y le dije que hoy el Teatro es un organismo mutilado e imperfecto; que mi opinión es la de que no debe haber censura; que una obra condenada por

el público queda muerta para siempre, y que cuando es condenada por el Gobierno vive una vida secreta y amenazadora. Bajo el régimen de la Restauración existieron cien ejemplos que corroboran este aserto.

Tiene la idea de un *Jurado* compuesto de personas que se interesen por el orden, de un Jurado selecto. Y este término medio no me parece posible sino cuando ninguno de sus miembros pertenezca al Gobierno, puesto que, con su influencia corruptora, un hombre que pertenezca al Poder sugestiona para diez años al *pueblo servil*, como dijo tristemente Pablo Luis Courier. Me prometió proponer la formación de ese Jurado cuando acaben las discusiones del presupuesto.

Le pregunté si se ocupaba con asiduidad del Oriente. Se mostró entusiasmado ante las desgracias de los mahometanos, y los considera más civilizados que nosotros, a causa de la *caridad* extrema que manifiestan.

—Sin embargo—le dije—, el islamismo no es mas que un *cristianismo corrompido*; reconózcalo usted.

—¡Un *cristianismo purificado!*—me contestó con exaltación.

Sólo me bastaron algunas palabras para recordarle que el Corán condena toda la ciencia y toda la cultura; que el verdadero mahometano no lee nada, porque cree que todo lo que no está incluido en el Corán es malo, y que el Corán lo contiene todo. Las artes le están prohibidas, fundándose esta prohibi-

ción en que no debe crear una imagen del hombre...

Le propuse redactar, en forma de petición, un proyecto de ley en favor de los poetas débiles y distraídos como La Fontaine. Su redacción sería, sobre poco más o menos, la siguiente:

«Si un poeta produce una obra que obtenga la admiración general, recibirá una pensión alimenticia de dos mil francos. Si, transcurridos cinco años, produce otra igual a la primera, su pensión quedará fijada para toda su vida. Si no produce nada por espacio de cinco años, le será suprimida.»

26 de Marzo.—La víspera del día de mi cumpleaños visité la tumba de mi madre.

Iba con Antón y Deschamps. Le rogué que me abandonara, y me fuí solo.

La tierra no ha sido removida por las lluvias. Me pareció que volvía a visitarla, como en otro tiempo, por las mañanas y por las noches, cuando ella estaba en el lecho, al descorrer y al correr las cortinas. Mis ideas eran más serenas y mis emociones menos crueles de lo que yo había supuesto. Cerrando los ojos, oí su voz dulce y armoniosa que me decía:

—¡Buenos días, hijo mío!

Y recordé aquellos momentos—los más felices de mi vida—en que me ponía de rodillas junto a ella, y ella me acariciaba los cabellos con las dos manos.

He encargado una losa en forma de tejado, para impedir que penetre el agua, y una reja de hierro. El

domingo quedará puesto todo, y volveré para decidir la forma del monumento.

25 de Abril.—Anoche leí en sueños el *Stabat Mater*. A la segunda lectura, creí ver a mi pobre madre echada a mis pies, y lloré amargamente. Mis sollozos me despertaron, y al llevarme la mano a las mejillas las encontré inundadas de lágrimas.

Había pasado la tarde en el teatro pensando puerilidades y menudas luchas.

El señor de Talleyrand ha muerto. Los partidos le han insultado y hasta han llegado a gritarle:

—¡Ya hay en Francia un hombre indigno menos!

La indignación se encuentra perfectamente justificada, teniendo en cuenta su vida política. Pesa un inmenso baldón sobre su nombre; ha llegado a ser *el prototipo del perjuro elegante y recompensado*.

En el Maine-Giraud.

Noviembre.—Sólo a los poetas les ocurren semejantes cosas. Mis padres amaban este castillo feudal. Es una pequeña fortaleza, rodeada de bosques de encinas, olmos y fresnos y de verdes praderas refrescadas por puras fuentes y manantiales. Las rentas feudales y las posesiones señoriales proporcionaban mucho prestigio y ahorran casi toda la cultura. Nos

paseábamos a la sombra de los bosques, siguiendo las márgenes de los arroyos. La vegetación se producía por sí sola.

Llegó la Revolución, y lo arrasó todo. Sólo me quedan, pues, grandes edificios, un amplio parque, que me cuesta el dinero, y algunos bosques que no he tenido valor para talar, porque los viejos árboles parecen abuelos, y su ausencia desposeería de todo encanto a la finca.

Por otra parte, si todo esto no produce nada, existe, en cambio, una ventaja, y es la de que los impuestos son enormes y me dan derecho a ser diputado... Y eso es, precisamente, lo que yo no quiero ser... Mi alma y mi Destino estarán siempre en contradicción. Estaba escrito.

Esta propiedad es como un caballo al que me costase mucho mantener, y al cual montase por una sola vez cada siete años...

Día 7, miércoles.—Recibo la noticia de la pérdida de mi suegro.

Ante el temor de que se ponga enfermo aquí, lugar alejado de todo socorro y de los médicos, oculto a Lydia la desgracia. ¡Mi pobre niña, duermes mientras yo sufro por tu porvenir de inquietudes mortales!

El Destino se ha propuesto no dejarme trabajar. Apenas descansa mi cerebro, el Destino me sacude los brazos y me obliga a sufrir y a caminar. Mi lucha contra la vida es perpetua y fatigosa. La vida me

abandona y no me brinda placer en ninguna parte. Desde hacía dos meses, me regocijaba con la alegría de Lydia, que había vuelto con la paz del campo. Ha sido preciso que venga a herirme un nuevo pesar para ella. Retraso el disgusto que me verá precisado a proporcionarle.

He sido presa de un temblor nervioso y de un escalofrío de fiebre durante toda la noche. Tu calma, tu sueño, mi querida Lydia, mi única amiga, me destroza el corazón.

Las Letras tienen de fatal que la posición no se conquista nunca definitivamente. A cada obra que se publica, parece que el nombre se juega en una lotería, y es sacado a la suerte, mezclado con los más indignos.

Toda obra nueva es casi como una primera obra. ¡No hay, pues, otra carrera como la de las Letras!

El campo.

Una visita en París supone, por lo menos, una hora de fatiga. Es como una conversación que, en el fondo, contiene un leve interés para el espíritu.

En el campo, una visita supone un día entero de fatiga. Es como una conversación pesada y necia, cuya abultada corteza se arranca pronto y cuyo enojo es solamente soportable cuando se está completamente embrutecido.

Arquitectura.

El templo antiguo es elegante y alegre como un lecho nupcial; la iglesia cristiana es sombría como una tumba. El uno está dedicado a la vida, y la otra a la muerte.

De la crítica.

La más elevada es mezquina casi siempre, porque se adhiere a la superficie y no llega al fondo.

En la novela, por ejemplo, se discute la superioridad de los géneros con relación a la mayor o menor extensión que el autor dedica a la realidad o a la invención en su obra de arte.

El fondo es lo que se debe tomar en consideración, así como también la elevación de sentimientos y de ideas del autor.

De San Agustín.

Le negaba la gracia a Pelagio; pero confesó que sentía en sí el libre albedrío.

Ambos están en nosotros. Gemimos bajo el peso del Destino que nos oprime...; pero ¿sabemos si Dios gime por nuestras continuas acciones, ni si sufre por ellas?

La gracia *necesitante* es, sencillamente, la sucesión inevitable de las cosas, de los designios eternos y de los acontecimientos, o sea la fatalidad. Nadie se pue-

de sustraer a ella. La gracia *eficaz* no se resiste nunca. La gracia *particular suficiente* es muy suficiente, puesto que el alma la resiste; sólo puede ser considerada como un favor, como un privilegio.

Sé apreciar el chiste en la comedia; pero me repugna, porque en todas las artes afea y empobrece a la especie humana y, como hombre que soy, me siento humillado.

El Pequeño Piojoso, de Murillo, es bello de ejecución, pero tan semejante al mono, que me avergüenza.

El legatario universal, inspirado en *El médico a su pesar*, y todas las bufonadas italianas me hacen mal en el corazón, como una medicina. No puedo reír a carcajadas, lo confieso, y las salacidades humanas me obligan a fruncir el ceño de la tristeza y de la piedad irremisiblemente.

¿No podría buscarse en otra parte lo cómico y lo satírico, a lo que se le da tanta importancia?

La medida de lo cómico en *El misántropo* y en *El hipócrita*, ¿no es superior a lo demás, y de una naturaleza más pura?

He recibido una educación muy severa. El hábito del estudio y de un perpetuo trabajo me han hecho tan vehemente para las ideas, que el trabajo de por la tarde o de por la mañana continúa en mí a través del sueño y se reanuda al despertar. Luego comien-

za la vida de la jornada, que es para mí lo que era el recreo del colegio, y, por la tarde, recobra el trabajo de por la mañana su continuación vigorosa, siempre lo mismo.

De Voltaire.

El espíritu vivo e impaciente de Voltaire era la causa de que éste no tuviese tiempo para resumir sus ideas.

A veces, no obstante, las resumía pronto, como apresuradamente y con una admirable justeza.

He aquí lo que encuentro al azar, acerca de la ortografía:

«La escritura es la pintura de la voz, y es superior a la pintura misma.»

De Shakespeare.

No basta saber inglés para entender a este grande hombre; es preciso saber el Shakespeare, que es un idioma también. El corazón de Shakespeare tiene un lenguaje especial.

De la comparación.

Los hombres de genio no son precisamente los que hacen mejores comparaciones. ¡Cuán débiles somos, arrastrados por el torrente de las ideas, y asiéndonos a todas las ramas para fijarnos en algunos puntos de la vida que nos envuelve!

El tiempo roba tantos aciertos, tanta gracia, tanta grandeza a todos los libros, que puede decirse son, como las obras de teatro, buenos principalmente para el momento mismo en que son producidos.

Retratos de familia.

Trato inútilmente de inventar algo tan hermoso como los caracteres cuyos ejemplos me proporcionó mi familia: el señor Barandin, su hijo, mi madre y mi tía.

Escribiré su historia, sus Memorias más bien, y haré que los admiren, como ellos merecen.

Ensueño.

Silencio de las rocas, de los bosques y llanos;
calma majestuosa de los muros y torres;
vasta inmovilidad de los olmos y encinas;
lenta uniformidad de los días y noches...
¡Oh, solemne espesura de horizontes salvajes!
¡Oh, el aéreo balanceo de las nubes del mar...!

El Maine-Giraud.—Novela histórica.

A propósito de un pergamino que he encontrado entre mis papeles, escribiré una novela histórica.

Este será un noble medio de dar algún valor a esta pobre tierra.

La acción se desarrollará en mis tierras, en el castillo de Maine-Giraud y en las ruinas de Blanzac.

La época, 1679. La de Luis XIV.

En 1680. Incendio de La Briuvilliers.

En 1679, muere el anciano cardenal de Retz.

En 1670. Viaje a Dóver de la duquesa de Portsmouth.

Milon de Crotone.

Milon luchó con los leones y los mató con sus propias manos. Vió una gran encina en medio de un bosque y se entretuvo en arrancarla: maltrató a la encina y casi la partió por la mitad. Un día, Milon quiso hendirla con sus manos, haciéndole la última afrenta; pero la encina se le rebeló, y le oprimió por los costados como con unas tenazas inflexibles.

Los leones y los lobos vieron a Milon atenazado por su víctima y se arrojaron sobre él. Lo despedazaron y lo devoraron. La encina, inexorable, no le dejó siquiera libre una mano para defenderse.

¡Oh, mujer perversa! Tu espíritu es semejante al de Milon. Éste maltrataba sin piedad a la encina para distraerse; pero la encina sabía que era el árbol más corpulento del bosque. Lo sabía, y se vengó...

Ahora, los animales viles van a devorarte...

1839

19 de Febrero.—Decididamente, el papel no proporciona la dicha—dice Stello—. He dado al público todo cuanto se le puede dar: poemas, libros y obras de teatro, y, sin embargo, no estoy satisfecho.

La miseria.

—Sí—dijo Stello—; la odio; odio la miseria, no por lo que tiene de *privación*, sino por lo que tiene de *suciedad*. Si la miseria fuese lo que David describió en *Las Horaces*—una fría casa de piedra, completamente vacía, teniendo por únicos muebles dos asientos de piedra, un lecho de madera dura, un arado en un rincón, una copa de madera para beber agua pura y un pedazo de pan cortado con un burdo cuchillo—, bendeciría la miseria, pues soy estoico; pero cuando la miseria se nos presenta en una guardilla, con una especie de lecho de sábanas sucias, con unos niños en unas cunas de mimbre, con unas sopas en un perol y unos trapos y unos papeles chorreando pringue, el ataúd y el cementerio me parecen preferibles...

Sophia y Jane de Nanwich.

Dos jóvenes hermanas. Ambas de una deslumbrante blancura. La mayor, con largos e innumerables rizos, posee los cabellos rubios más admirables que he visto, un poco enrojecidos como el fuego. Es alta, flexible y graciosa en todos sus movimientos. La otra, descotada más de lo que se acostumbra para asistir a los bailes en Francia, sus hombros y su cuello de cisne enrojecen de vez en vez cuando habla, y sus grandes manchas cambian de lugar, en tanto que su rostro permanece pálido. No saben una

palabra de francés, y me han rogado que escriba versos franceses en su álbum. Yo he escrito esto:

Como los cisnes blancos, tan puras cual sus alas,
Camináis lentamente, bellas hermanas buenas,
Por el lago apacible de vuestros días dichosos.
En idioma francés, mis versos amorosos
Intentarán en vano vuestros trazos copiar;
Leeréis sin entenderme, y frente a vuestro espejo,
Como inocentes pájaros, sin veros pasaréis...

**«El Hombre de Estado» (tratado),
por Alfredo de Vigny.**

Libro por hacer, a la manera del *Príncipe*, de Maquiavelo.

Examinar las condiciones necesarias para formar al hombre de Estado, y dejar establecido que la facilidad de palabra, el arte de argumentar y de construir paradojas no determinan al hombre de Estado; que se necesita una firmeza de conciencia y de probidad a toda prueba, garantizada por medio de una vida irreprochable.

Byron.

Napoleón estaba derrotado cuando el poeta se echó su capa de par sobre los hombros y entró en el palacio que hay cerca de Westminster.

El canciller estaba sentado sobre su almohadón de lana, revestido de púrpura. El poeta prestó atención y sólo oyó frases vulgares. Comprendió al ins-

tante que aquel no era el lugar que le correspondía. No se dignó permanecer en aquella reunión de abogados y grandes señores, y partió.

Beyle.

8 de Junio.—*La Cartuja de Parma* es una obra sin concepción profunda, pero llena de observaciones muy útiles acerca del mundo diplomático.

La duquesa de Sanseverino prodiga a su sobrino consejos de hipocresía religiosa bastante curiosos.

«Cree o no lo que se te enseñe (en cuestiones de Teología); pero no opongas nunca ninguna objeción. Figúrate que se te enseñan las reglas del juego de whist.»

«Los príncipes sólo quieren ver máscaras, y pretenden juzgar la belleza por la pintura.»

Los retratos son sutiles y verdaderos; pero pertenecen a la descripción de una sociedad demasiado bajuna y demasiado odiosa por su infame hipocresía.

La tía diciéndole a su sobrino: «Este hombre tiene la manía de ser adulado; bésale la mano», me da náuseas.

¡Son personas taimadas y violentas en sus odios!

De Strauss.

El doctor Strauss ha hecho, con relación al Nuevo Testamento, el mismo trabajo que Spinoza hizo respecto del Antiguo.

Constituye un proceso instruido pesadamente, en demanda de anulación de la *divinidad* y de la *verdad histórica*.

La cuestión es reducir el Cristianismo a la condición de mito y al estado de leyenda, partiendo de la distinción de que el *mito* puede ser bueno para conservarse como mitología filosófica.

El derecho de primogenitura, por una extraña contradicción, constituye en Inglaterra la fuente de la igualdad. La dignidad de par no es un rango, sino una magistratura hereditaria. Ahora bien, no siendo hereditaria mas que por el primogénito y para el primogénito, los demás hijos pertenecen al comercio y a la categoría de ciudadanos laboriosos.

La cabeza del hombre es como el enamorado; adquiere fuerzas a medida que se encuentra más recargada.

Para distraer a mi madre hacia dar vueltas a mi espíritu, como si fuera un peón, y le exponía ideas y contrastes cómicos que la obligaban a reír. Pero, de pronto, se detenía y me decía:

—Finges estar alegre y ser feliz, pero no lo eres, y sólo por bondad te muestras así; lo veo claramente...

El corazón maternal no se engaña nunca; el fruto de sus entrañas—el hijo—no puede ocultar nada a quien lo ha producido.

De los periódicos.

El burgués de París es un rey que todas las mañanas, al levantarse, encuentra un halagador, un adulator que le relata veinte historias. El burgués no se ve obligado, ni mucho menos, a ofrecerle parte del desayuno; le hace callar cuando quiere, y le dirige la palabra a su gusto. Este dócil amigo le agrada tanto más cuanto que es el espejo de su alma, y le expone todos los días su opinión mejor que hubiera podido expresarla el burgués mismo. Quitémosle al público este amigo, y le parecerá que se detiene el mundo...

Este amigo, este espejo, este oráculo, este parásito poco costoso es el periódico.

Inglaterra.

Lo que determina la fuerza y la unidad de esta nación es que cada individuo se considera como un hombre político. Cada ciudadano habla y obra de acuerdo con la política inglesa del momento.

Francia.

Nuestra nación es frívola y ruin. No quiere dejar tranquila a ninguna superioridad.

De la nada de las Letras.

La única conclusión a que llega rápidamente el espíritu, penetrando por completo en el fondo de cada perspectiva, es a la nada de todo. Gloria, amor,

felicidad; ninguna de estas cosas se logra por entero. Así, pues, para exponer las ideas respecto de un asunto cualquiera, cualquiera que sea la forma, nos vemos obligados a comenzar por mentirnos a nosotros mismos, figurándonos que existe algo, y creando, por consiguiente, un fantasma para adorarle o profanarlo, engrandecerlo o destruirlo. Somos unos Quijotes perpetuos y menos disculpables que el héroe de Cervantes, pues sabemos que nuestros gigantes son molinos, y nos embriagamos para verlos como gigantes.

Sordo-mudos.

He visto a los sordo-mudos.

Están bien educados, bien instruídos. Hay más muchachos que muchachas. Son unos ciento ochenta alumnos. En Francia existen *veintidós mil* sordo-mudos: sólo *mil* son educados en París, en Burdeos y en algunas otras instituciones. El resto está, pues, condenado a servir o a mendigar, o a vivir la vida de los animales y de las bestias de carga en las aldeas pobres.

Todo esto no se ha dicho en las Cámaras, y, si puedo, se lo haré decir a uno de mis amigos.

Hay que buscar los medios de remediar esto. Quizá exigiendo que cada Ayuntamiento pague una subvención en favor de los niños que nazcan sordo-mudos se obtenga el remedio.

De los Gobiernos.

El cardenal Dubois hizo una Memoria en la cual decía que la ventaja de los Gobiernos absolutos era la de someter las pasiones y las voluntades demasiado impulsivas que se manifiestan diariamente en un Gobierno.

Pero el Gobierno constitucional es una evaporación de esas *voluntades* que se transforman mediante la tribuna y la Prensa, y se convierten únicamente en ideas.

Del corazón.

El corazón tiene existencia propia, moralmente hablando. Se aprecian sus movimientos de júbilo o de dolor; pero es un cuarto oscuro cuya luz está en la cabeza. La memoria y el entendimiento lo iluminan y hacen que aparezcan los sentimientos. Sin la cabeza, éstos se extinguirían. Los locos no quieren nada, o no saben lo que quieren. A veces llegan a tomar odio a las personas a quienes antes amaban.

De la imprenta.

Los antiguos poseían sobre nosotros la ventaja de no conocer la imprenta.

Esto parecerá singular; pero mi convicción es la de que esta ignorancia, desfavorable para la rapidez de la propagación de las ideas y para su conservación, era favorable para la depuración del gusto y

para la elección de las obras maestras. Demóstenes dijo que había copiado por cinco veces, de su puño y letra, las obras de Tucídides. Así, pues, un poeta o un gran escritor tenía a los lectores forzosamente atentos y aplicados a conocer y observar minuciosamente el menor detalle de las bellezas del estilo. Estos lectores elegían las cosas más bellas para multiplicarlas. Estas abejas sólo se posaban sobre las bellas flores; todo el resto era desdeñado, y no creo que fuera muy bueno lo que no ha llegado hasta nosotros.

La elección de los lectores y su atención para no copiar sino las cosas más bellas, probablemente retraían y obligaban a los poetas a no prestar más que sus obras maestras, puesto que sólo se copiaba aquello que agradaba. Es probable que este gusto público, tan fino y tan puro, les proporcionase la firme severidad que tenían por costumbre, y el sentimiento de *la unidad* en sus obras.

Tal vez Virgilio compuso sátiras; el *Sic vos non vobis* permite creerlo. Juvenal se abandonó, sin duda, al gran placer de componer versos amorosos e idilios; pero el primero sólo dió a la luz sus *Eglogas*, sus *Geórgicas* y *La Eneida*, esta última a su pesar y considerándola imperfecta; y el segundo únicamente divulgó sus sátiras. La pureza de las facciones de Virgilio y la dura severidad del otro semblante se hubieran alterado en virtud de la promiscuación.

Esta elección que hacía el público copista en la antigüedad debemos imitarla nosotros hoy.

El público no está en condiciones de elegir en la actualidad; sería preciso que lo leyera todo, y el mismo tipo de letra emplean los primeros escritores como los últimos; los del arte y los de la especulación. Si se necesita demasiado valor para aquilatar las propias obras, recordemos que Platón escribió tragedias, antes de escribir sus obras filosóficas, y las quemó, prefiriendo ser *único* y grande, en vez de ser *doble* y truncado.

Las dos literaturas.

Es posible que sólo haya dos literaturas: la de los ojos o de la lectura y la de los oídos o del canto. Leemos solos, en el despacho, una novela, un libro de ciencia, de metafísica, etc., que serían insoportables al ser escuchados; se escucha la poesía, la tragedia, el sermón de los retóricos o de los predicadores.

La imprenta nos ha proporcionado la literatura de los ojos; los antiguos apenas conocían más que la de los oídos.

Ensayo sobre la República de las letras.

Desde que el pensamiento encontró su expresión en la palabra y la palabra su duración en los escritos; desde que la imprenta, sobre todo, comenzó a extenderlo y a perpetuarlo, se fué formando, de generación en generación, un Pueblo en medio de los Pue-

blos, una Nación elegida por el genio en medio de las Naciones y que, semejante a la santa familia de los Levitas, conserva a través de todas las edades el tesoro secular de sus ideas. Arca preciosa a la cual no se debería poder tocar sin morir.

Lamennais.

No es culpable por buscar la verdad, sino por afirmarla antes de haberla encontrado.

8 de Noviembre.—La reserva y la dignidad de carácter sirven para engrandecer a un hombre, y cuando estas condiciones son iluminadas por un poco de talento proporcionan una posición bastante elevada.

El embajador de Baviera ha venido a rogarme que recomiende a su príncipe, que está amenazado de ser enviado a Rusia, lo cual le causa cierto desagrado.

He añadido a mi última carta una *postscriptum* en su favor.

1840

He observado con frecuencia que tenemos en nosotros mismos el carácter propio de una de las edades determinadas de la vida, y lo conservamos siempre. Un hombre como Voltaire parece haber sido siempre viejo; otro, como Alcibíades, siempre niño.

Tal vez por esto, también, algunos escritores entusiasman a los hombres que tienen la misma edad en la cual ellos parecen haberse detenido.

Acerca de «Cinna»

Rachel tiene desdén e ironía; pero su talento carece de amor.

El talento de Talma sólo era amor, de pies a cabeza, y este amor se manifestaba en todo, incluso en la cólera. Su voz era potente como la de la tempestad, pero afectuosa, también como ella, pues nunca oí la voz de las nubes sin pensar que los pueblos niños deben de confundirla con la de Dios. Tiene no sé qué de afectuoso en medio de sus rugidos que la hace semejante a la voz de un padre todopoderoso que gime castigado y llora por nuestras faltas.

Luis XIV.

El rey y la nobleza eran dos antiguos amantes que se habían malquistado. Volvían a unirse algunas veces, pero no podían ya recuperarse, y tuvieron que permanecer separados por la intrigante burguesía.

¡Mi nobleza!

Que sea mi amiga, y no mi querida...

De las cartas familiares.

Una carta retrata a la persona a quien se escribe tan bien como a la persona que escribe, porque, a pesar nuestro, modificamos el estilo según el carácter de aquélla y según lo que espera de nosotros.